

Suzanne Allain



LA CARTA DE
Miss Lattimore

Ella buscaba el amor perfecto para los demás,
pero nunca esperó encontrar el suyo

SUZANNE ALLAIN

LA CARTA DE MISS LATTIMORE

Traducción de Pura Lisart e Isabella Monello



Título original: *Miss Lattimore's Letter*

© Suzanne Allain, 2021

Publicado de acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

© por la traducción, Pura Lisart e Isabella Monello (Prisma Media Proyectos S.L.)

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2023

ISBN: 978-84-670-6918-1

Depósito legal: B. 1.432-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

Habían pasado muchos años desde que Sophronia Lattimore utilizara su abanico por primera vez para coquetear. Como mujer de veintiocho años proveniente de una familia humilde, su labor de carabina estaba demasiado asentada para atraer la atención de ningún caballero. Sin embargo, si alguno se hubiera fijado entonces en el frenético movimiento de su abanico habría captado el mensaje que estaba enviando: Sophie estaba desesperada por el calor. Y no era la única dama a la que le estaba afectando. El olor del perfume y la sudoración se entremezclaban en el cálido ambiente y la ahogaban; tanto era así que decidió que, si quería seguir consciente, debía escapar al frescor de la noche. Por fortuna, su prima Cecilia acababa de comenzar un baile, por lo que tenía tiempo antes de que empezara a buscarla.

Recorrió el perímetro del abarrotado salón hasta las cristaleras que había divisado desde el otro lado de la estancia y salió por ellas para llegar a un estrecho balcón. Caminó hacia el lado contrario, lejos de las luces, y tomó aire de forma enérgica y refrescante. Contempló el cielo nocturno sumida en el silencio hasta que una pareja que salió del baile la sobresaltó. Seguía oculta entre las sombras y ellos no la habían visto, pero antes de que pudiera alertarlos de su presencia empezaron a hablar.

—¿Se puede saber qué te ocurre, Priscilla? —preguntó el caballero.

—No sé a qué te refieres.

—No me vengas con juegos. Es evidente que estás alentando las atenciones de lord Fitzwalter. ¿Acaso tus promesas eran en vano?

—Por supuesto que no. Siempre serás el dueño de mi corazón, Charles, ¡que no te quepa duda alguna! Pero solo pensaba en mis propios sentimientos y con el tiempo me he dado cuenta de que también debería tener en consideración los deseos de mi familia. —Alargó el brazo en un gesto suplicante—. Por favor, Charles, no puedes obligarme a cumplir esas promesas. Era demasiado joven.

—O tal vez has empezado a imaginarte como condesa.

—Debes comprender que nunca había esperado o deseado captar la atención de ese caballero, pero, ahora que lo he hecho, mi madre... Ah, qué sentido tiene esta conversación. Jamás llegarás a comprenderme...

—Creo que te entiendo de sobra.

El caballero se dio la vuelta y se marchó. La dama, a quien Sophie había reconocido como Miss Priscilla Hammond, lo siguió instantes después.

En cuanto volvió a estar a solas en el balcón, Sophie reflexionó acerca de lo que había escuchado sin querer. La primera temporada londinense de Miss Hammond había sido un éxito indiscutible, pues lord Fitzwalter había estado a la vanguardia de los numerosos caballeros que la cortejaban. Era bien sabido por todos que estaba a punto de pedir su mano en matrimonio, y que la dama aceptaría su propuesta tampoco lo discutía nadie. A fin de cuentas, ¿qué dama de familia sin distinciones y poco

privilegiada rechazaría la oportunidad de convertirse en una adinerada condesa? Pues aparentemente Charles pensaba que Miss Hammond lo haría para elegirlo a él.

Sophie regresó a su asiento del rincón, todavía dándole vueltas a lo que acababa de descubrir. Empatizaba con todos los involucrados en aquel complicado asunto. Incluso sabía que había una cuarta persona que saldría escaldada: la amiga de su prima, Lucy Barrett, le había confiado a Cecilia que estaba enamorada de lord Fitzwaller y que sus atenciones a Miss Hammond la sumían en la desesperación. Lucy Barrett no había gozado de la misma popularidad que Miss Hammond a pesar de ser una jovencita de lo más atractiva. Como era un poco tímida, se sentía abrumada por las multitudes y le costaba hacerse valer. La única razón por la que había conocido a lord Fitzwaller era la amistad de este con su hermano.

Cuán complicado era todo aquello de encontrar marido. Y no era de la incumbencia de Sophie que lord Fitzwaller hubiera elegido a Miss Hammond antes que a Miss Barrett. Aunque ¿se habría decidido por Miss Hammond si hubiese sabido que dicha dama y ese tal Charles se habían prometido en el pasado? ¿Y si ella simplemente accedía a los deseos y, quizá, a la presión de su familia?

Sophie analizó a la dama durante la media hora siguiente y descubrió que no parecía sentirse muy halagada por las atenciones de su amado. Aunque le sonreía con frecuencia a lord Fitzwaller, dicha sonrisa se desvanecía con tanta rapidez como la esbozaba y la sustituía con un ceño fruncido en cuanto el caballero apartaba la mirada. La persona que parecía más complacida con las atenciones del lord era Mrs. Hammond, quien sin duda se regodeaba al ver a su hija con el conde.

La aparición de su prima Cecilia sacó a Sophie de su ensimismamiento.

—Sophie, Mr. Hartwell se ha ofrecido a acompañarme a por un refrigerio.

—¿Quiere que le traigamos una copa de ponche, Miss Lattimore? —preguntó Mr. Hartwell.

—Qué amable por su parte. Me encantaría —contestó Sophie.

En realidad, habría preferido acompañarlos y escapar de aquel asiento tan incómodo, pero no quería interponerse en su *tête-à-tête*, si bien, en teoría, esa era una de sus obligaciones. Sin embargo, su tía solo esperaba que Sophie se inmiscuyera sin que la invitaran cuando se tratara de pretendientes no deseables, y Mr. Hartwell no era uno de ellos.

—Su prima se ha hecho con una joya —comentó una dama de avanzada edad que se sentaba junto a ella en lo que parecía creer que era un susurro. Al contrario, Sophie tuvo que apresurarse a mirar a la pareja que se alejaba con la esperanza de que no lo hubieran escuchado. Le alivió ver que estaban tan centrados en su propia conversación que no habían oído a Mrs. Pratt.

—Pues sí, Mr. Hartwell parece un caballero de lo más agradable —respondió Sophie sin dar demasiados detalles.

—¡Y tan agradable! Es el heredero de una propiedad valorada en cinco mil libras al año. Además de estar emparentado con el duque de Norfolk por parte de madre —explicó Mrs. Pratt.

Sophie conocía muy bien a Mrs. Pratt, así que no esperaba menos que un listado de las ganancias del caballero y de sus ancestros. Aunque a ella le traía sin cuidado todo aquello, a la madre de Cecilia era lo que más le

importaba, por lo tanto le convenía prestar atención. Fue entonces cuando se le ocurrió que quizá podría sacarle partido al conocimiento enciclopédico de Mrs. Pratt acerca de los hombres solteros para satisfacer su propia curiosidad. Sophie había visto a Charles cruzar el salón de baile, así que lo señaló con un movimiento de cabeza.

—Mrs. Pratt, ¿conoce usted a aquel caballero? Si no me equivoco, su nombre de pila es Charles.

Mrs. Pratt escudriñó el salón de baile con su mirada miope en la dirección que Sophie le había indicado antes de agarrar los anteojos que pendían de su cuello y llevárselos a los ojos. La muchacha se arrepintió al instante de la pregunta cuando Charles se dio la vuelta y se topó con la mirada de Mrs. Pratt, quien no es que ni se hubiera molestado en disimular que lo estaba observando, sino que estaba haciendo uso de un aparato diseñado para verlo aún mejor. Sophie empezó a darse la vuelta, pero fue demasiado tarde: Charles también se había percatado de su presencia. Parecía perplejo ante toda la atención que estaba recibiendo por parte del contingente de las repudiadas del baile, pero saludó a ambas mujeres con un leve gesto de la cabeza antes de abandonar la estancia.

—Beswick. El hijo pequeño del barón Fane. Acude a la misma parroquia de Devonshire que nuestra reina del baile, Miss Hammond —anunció por fin Mrs. Pratt.

—Entonces es un buen partido.

—Respetable. Por supuesto, no es el heredero, pero le han legado una propiedad pequeña. —Mrs. Pratt soltó los anteojos para contemplar a su compañera—. ¿Para quién lo pregunta? ¿Para usted o para su protegida?

—Está claro que para mí no —replicó Sophie con la intención de evitar la pregunta.

—¿Por qué no? Esa tía suya la ha convertido en solterona antes de tiempo. Aún es joven y lo bastante hermosa como para encontrar un marido. Y si yo tuviera su edad, tendría muy claro por quién me inclinaría.

Sophie se arrepentía cada vez más de haber comenzado aquella conversación, pues Mrs. Pratt había elevado mucho más la voz debido a la emoción y la gente se giraba para mirarlas. Una de esas personas que se giraron con una sonrisa en sus bellos labios fue el mismísimo hombre al que se refería Mrs. Pratt. Y Sophie no necesitaba que la mujer le advirtiera de su presencia.

No, ella era bien consciente de la presencia de sir Edmund Winslow, al igual que muchísimas otras damas. No era asiduo a los eventos sociales de la temporada, por lo que, cuando aparecía, era como si una especie de ave exótica se hubiera posado junto a una bandada de patos. Su presencia era tan energizante como el aire fresco que había tomado antes en el balcón; pero ahora que sus miradas se habían encontrado, sentía la necesidad de recordarse que debía respirar.

No obstante, en aquella ocasión no se acobardó ni agachó la cabeza con timidez tal como solía hacer cuando se sentaba entre las carabinas, sobre todo cuando la miraba un caballero. Si aquella era su última oportunidad de intercambiar miradas cargadas de tensión con un caballero bien parecido, estaba decidida a tirar la cautela por la borda y aprovecharla. Se irguió más en su asiento y esbozó una leve sonrisa en su dirección. Estaba segura de que había captado una chispa en su mirada; puede que interés, curiosidad o tal vez incluso se tratara de atracción. Se había olvidado por completo de Mrs. Pratt, quien observaba su intercambio de miradas con el interés de un buitre ante un festín.

—¿Lo ve? Ha despertado su curiosidad —anunció Mrs. Pratt a los cuatro vientos. Esto hizo que la situación fuera cada vez más incómoda y supuso el golpe final a cualquier sentimiento de atracción mutua que estuviera floreciendo. Sophie bajó la mirada, pero antes se percató de que sir Edmund había vuelto la cabeza y se alejaba apresuradamente. Mrs. Pratt chasqueó la lengua con desaprobación—. Una pena, se ha marchado. Los habría presentado si se hubiera quedado más tiempo.

Sophie era plenamente consciente de todos los ojos y oídos que seguían pendientes de ella. La sociedad londinense era como la caza del zorro: todos los que la conformaban estaban dispuestos a empezar la persecución en cuanto detectaran el más leve olor a humillación. Normalmente a ella la ignoraban; pero el hecho de que una don nadie como ella se atreviera a aspirar a casarse por encima de su posición suponía un chisme goloso que podía darle vida a una velada si no había un premio más jugoso a la vista. Por eso mismo le alivió ver que Cecilia y su acompañante volvían con su copa de ponche, lo que dio por terminada la conversación con Mrs. Pratt.

Quizá Sophie habría olvidado la escena del balcón, o por lo menos la habría pasado por alto, si no hubiera acabado disfrutando de la compañía de tres de los principales protagonistas del drama poco después. Su prima Cecilia y Lucy Barrett eran amigas del alma y, como Miss Hammond era de edad y condición similares a ambas, las tres muchachas solían recibir invitaciones para los mismos eventos, junto con el pretendiente de Miss Hammond, lord Fitzwalter. Sophie no había vuelto a saber nada de Charles Beswick. Supuso que había preferido abando-

nar Londres antes que ver a otro cortejar al objeto de sus atenciones. Una semana más tarde, cuando Sophie se vio sentada junto a Priscilla Hammond en un concierto, buscó saciar su curiosidad.

—Me preguntaba, Miss Hammond, si podría hablarme de ese vecino suyo, un tal Mr. Charles Beswick. ¿Sigue en Londres?

Priscilla abrió los ojos como platos y se quedó sin respiración.

—¿Charles? Es decir... ¿Mr. Beswick? ¿Acaso lo conoce?

—No, yo no, pero sí otra dama, Mrs. Pratt. Preguntó por él y mencionó que ustedes dos asistían a la misma parroquia.

—Ah, ya veo —comentó Priscilla, aunque parecía confundida por el interés de su acompañante, y era comprensible. A Sophie no le habría extrañado que se negara a contestar una pregunta así de impertinente, pero un instante después, Priscilla añadió—: Mr. Beswick ha regresado a su casa. No espero volver a verlo.

Tanto el tono de Priscilla como su expresión se asemejaron a los de una plañidera en un funeral, por lo que a Sophie solo le quedó suponer que aquel hecho la apenaba muchísimo. Y al observar la conversación entre lord Fitzwalter y Lucy, y percatarse de que este parecía mucho más feliz que cuando intercambiaba comentarios superficiales con Priscilla Hammond (los cuales consistían, sobre todo, en alabanzas a su aspecto), sintió que el caballero estaba cometiendo un grave error. Esto se lo confirmó Cecilia cuando esta se quejó de las manipulaciones de Mrs. Hammond, que estaba separando a su amiga Lucy de lord Fitzwalter y le estaba arruinando el futuro.

Si bien Sophie suponía que, seguramente, su joven prima, dramática en exceso, habría exagerado la situación, cuanto más observaba a Lucy y lord Fitzwalter, más empezaba a creer que ella sentía un afecto genuino por él, y que ambos ya habían creado una tierna amistad. Sophie, en su limitada experiencia, consideraba que aquello constituiría una base sólida para el matrimonio. Lucy era mucho más seria y de actitud más callada que Priscilla Hammond, por eso no brillaba tanto en público. De hecho, tendía a retirarse siempre que la otra muchacha coqueteaba con lord Fitzwalter, por lo que no resultaba sorprendente que a Priscilla se le diera mejor atraer su atención y mantenerlo entretenido. Sin embargo, como parecía que el corazón de Priscilla no pertenecía a lord Fitzwalter, sino a otro hombre, Sophie pensaba que aquella era una de esas situaciones en las que hablar claro podría ayudarlos a evitar un lamentable error. Aun así, no sentía que fuera asunto suyo acercarse a lord Fitzwalter, con quien apenas había intercambiado más que los cumplidos de rigor. ¿Cómo podría informarle de que, al pretender a Miss Hammond, estaba cometiendo un error? Él le diría que no le incumbía, con todo el derecho, y ella se vería repudiada por la sociedad londinense. Hasta podría llegar a perder el cobijo de su tía.

Pero ¿y si lord Fitzwalter no supiera de la identidad de su consejera? ¿Y si le advirtiera de forma anónima, sin que él llegara a descubrir de dónde provenía dicho consejo? Ella tendría la conciencia tranquila y él sería libre de actuar o no actuar según le pareciera conveniente.

Así que Miss Lattimore escribió una carta.

Poco más de un mes después, lord Fitzwalter se convirtió en la comidilla de la ciudad, pues todo el mundo esperaba que pidiera la mano en matrimonio de Miss Hammond, pero, en vez de eso, anunció su compromiso con Miss Barrett. Aun así, nadie pudo acusarlo de comportarse de forma poco cortés, pues a las noticias de su compromiso siguieron las de la propia Miss Hammond, quien iba a casarse con Mr. Beswick de Devon.

Cecilia, quien había decidido no participar en un baile, estaba sentada junto a su prima y preguntó perpleja:

—¿Quién diantres es Mr. Beswick?

Antes de que Sophie pudiera responder, Mrs. Pratt exclamó:

—Qué coincidencia. Su prima me preguntó por ese caballero el mes pasado.

Cecilia miró a su prima con gran sorpresa.

—No me diga. ¿Y a qué se debía ese interés, Sophie?

Sophie se quedó sin palabras. No se le había ocurrido que alguien pudiera hacerle tal pregunta y no tenía ni idea de cómo responder. No se le daba muy bien disimular y a su audiencia le quedó bastante claro que se habían topado con un misterio cuando abrió los ojos como platos antes de rehuirles la mirada.

—Mera curiosidad —contestó por fin.

El escepticismo de Cecilia era palpable. Se olvidó de que no estaban a solas y comentó sin prudencia alguna:

—Lucy me contó que alguien le escribió una carta a lord Fitzwalter...

—Cecilia, me parece que se acerca Mr. Hartwell —la interrumpió su prima.

—Qué disparate, si está bailando un *reel* con Miss Tibbits —replicó Mrs. Pratt al instante—. Siga, jovencita. ¿Qué era eso de la carta que recibió lord Fitzwalter?

Cecilia se percató de repente del peligro que suponía revelar las confidencias de su amiga del alma en presencia de una chismosa consumada.

—Uy, no era nada interesante. Solo se trataba de una nota para felicitarle por su compromiso, nada más.

A Cecilia se le daban mucho mejor las evasivas que a su prima mayor y tenía más práctica que ella a pesar de ser una década más joven. Por eso mismo, se negó a sucumbir ante el interrogatorio de Mrs. Pratt y se alegró de escapar para bailar una pieza con el caballero más mediocre con el que había bailado hasta el momento.

Más tarde, en el carruaje, Cecilia se giró para mirar a su prima.

—Fuiste tú quien escribió la carta, ¿a que sí?

Sophie, que no sabía mentir (o por lo menos, no de forma creíble), asintió.

—Pero, por favor, Cecilia, no se lo cuentes a nadie.

—No tienes de qué avergonzarte, Sophie. Lucy y lord Fitzwalter piensan que les has hecho un favor enorme.

Sophie se sintió alentada al saber que su decisión de tomar cartas en el asunto había sido la indicada y que la estaban encomiando por ello. Hacía mucho tiempo que nadie escuchaba su opinión, y mucho menos la buscaba. Durante los últimos seis años, en los que había estado viviendo con su tía tras la muerte de su padre, se había sentido casi invisible. Cecilia era la única que le había dedicado un poco de su atención o afecto, aunque de forma un tanto negligente, pues a la muchacha tampoco le interesaba mucho su prima solterona.

No obstante, ahora su prima la miraba con un respeto y aprobación reticentes, como si se hubiera revelado po-

seedora de un talento del que no había sido consciente hasta aquel momento.

—Supongo que no hará daño a nadie que le cuentes a Lucy quién escribió la carta —anunció Sophie después de reflexionar sobre el tema un instante.

A Cecilia pareció sorprenderle que Sophie pensara que aquello fuera una cuestión que pudiera debatirse.

—Por supuesto que debo contárselo. Sin duda le habrá estado reconcomiendo la curiosidad desde que lord Fitzwalter se lo contó. Y la verdad es que tiene toda la razón del mundo al sentirse agradecida. Si no le hubieras escrito, habría perdido a lord Fitzwalter para siempre. Pero, prima, la gente dice que en tu carta escribiste que Priscilla Hammond estaba enamorada de otro caballero. ¿Cómo sabías lo de Miss Hammond y Mr. Beswick?